

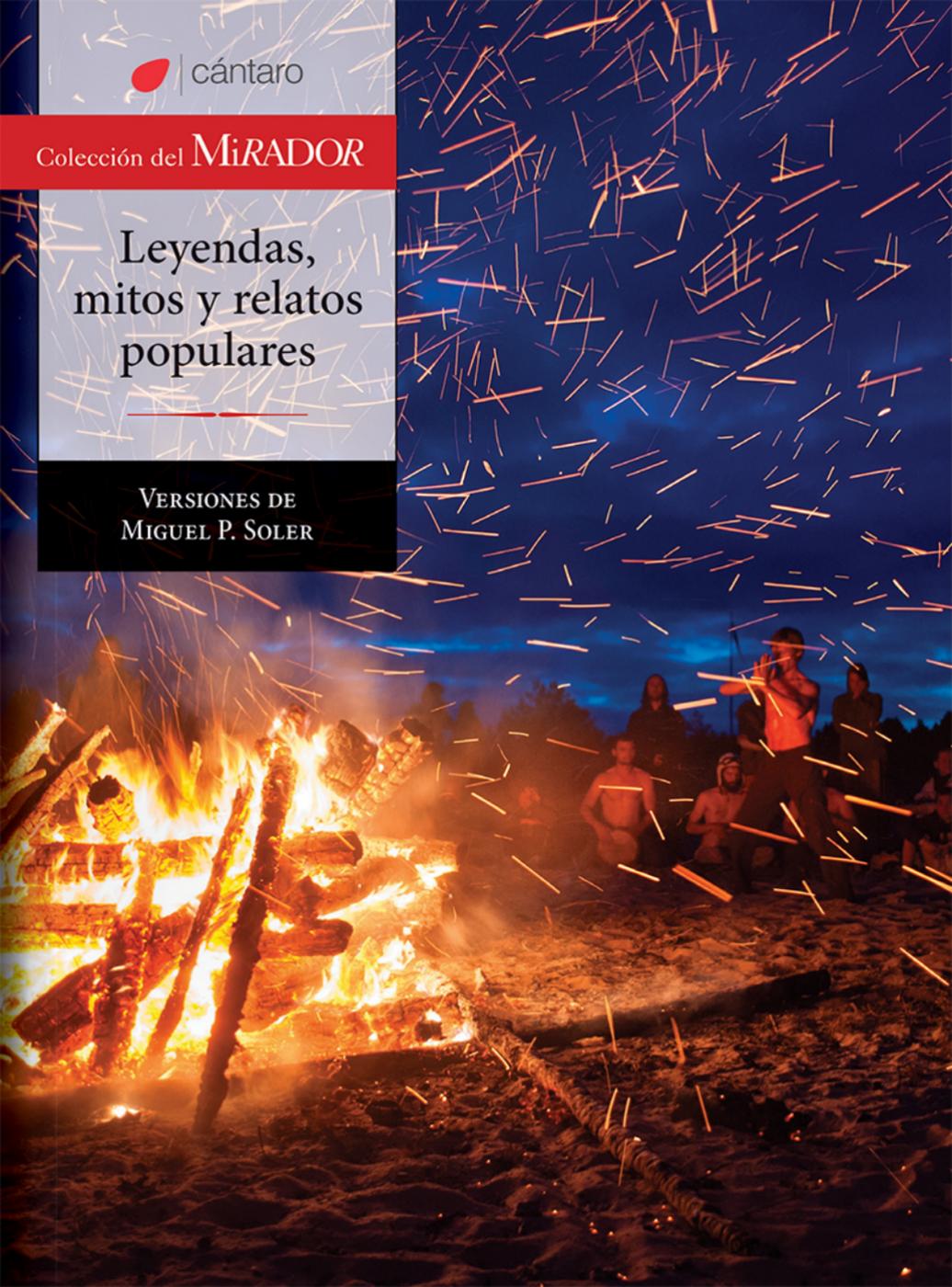


cántaro

Colección del **MIRADOR**

Leyendas, mitos y relatos populares

VERSIONES DE
MIGUEL P. SOLER



Colección del *MIRADOR*

Leyendas,
mitos y relatos
populares

VERSIONES DE
MIGUEL P. SOLER

Colección del
MIRADOR

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Secciones especiales: Valeria Judith Stefani

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Karina Domínguez

Imagen de tapa: 123rf

Anónimo

Leyendas, mitos y relatos populares / Anónimo ; compilado por Miguel Pablo Soler ; prólogo de Valeria Judith Stefani. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2018.

120 p. ; 14 x 19 cm. - (Del mirador ; 268)

ISBN 978-950-753-573-4

1. Literatura. I. Soler, Miguel Pablo, comp. II. Stefani, Valeria Judith, prolog. III. Título.
CDD 398.2

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2018

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.masquelectura.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-573-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

Las voces del tiempo

Vivimos rodeados de historias. Algunas circulan de boca en boca, de chat en chat, de red en red. ¿Cuándo un simple chisme, un rumor, se convierte en historia? ¿Siguen naciendo leyendas hoy en día? ¿Siguen vivas, en las creencias de los pobladores, las figuras de seres legendarios? Porque hablar de leyendas no es solo hablar de las narraciones que los pueblos originarios enunciaban en su lengua para hablar de los orígenes o de sus luchas. Algo une a esas narraciones con los cuentos que gauchos y paisanos hicieron circular recreando viejos motivos autóctonos y agregando nuevos elementos traídos de otras tierras. Y con las creencias populares en seres sobrenaturales que se fueron desarrollando en cada región, así como con las historias que hoy circulan por los barrios de las ciudades alertando de peligros y fantasmas. ¿Por qué el hombre ha necesitado siempre contar historias? ¿Por qué las seguimos contando? ¿Es que los historiadores y los científicos no han logrado dar suficientes explicaciones? ¿Qué buscamos en estos relatos?

Se llamen mitos, leyendas, cuentos folclóricos o populares, sucedidos, casos, leyendas contemporáneas, leyendas urbanas o

cualquier otra denominación, una serie de semejanzas engloba a estos relatos: la forma en que se originan, la manera en que se transmiten, la relación con la identidad de la comunidad que los adopta y, en muchos casos, unos límites difusos entre qué es ficción y qué es realidad.

Origen y transmisión

(...) Las historias son como el fuego, saltan incendiarias de rama en rama.

En todas las culturas ha habido y sigue habiendo narraciones cuyo autor se desconoce. Pero no se trata de un simple anonimato o de un nombre olvidado. Son historias que, una vez puestas en circulación, se han ido transformando, y de las que toda una comunidad se ha apropiado. Sería ya imposible atribuir la autoría a una única persona. Por eso se habla de un autor colectivo: son parte del saber popular. Su forma de transmisión, al menos en principio, es la oralidad. No nacieron como relatos escritos, se fueron construyendo desde el habla, la escucha y la repetición. Este rasgo, lejos de ser un mero detalle, es determinante.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta que en los pueblos primitivos, en los que no se utilizaba la escritura, el discurso oral era la manera de formular un pensamiento sostenido de cierta complejidad. Hoy recurriríamos a tomar notas en un papel o en una pantalla, pero en ese entonces para “tomar notas” había que hablar. A diferencia de la escritura, la oralidad es efímera, no se conserva. ¿Cómo almacenar esos pensamientos complejos? Solo a través de la memoria, tarea nada sencilla. Una forma de facilitar la memorización es recurrir a narraciones, puesto que brindan una estructura que contribuye a la recuperación de la información (es más sencillo recordar un relato que una serie

de datos o pensamientos), por lo que los mitos y leyendas se convirtieron en una vía para transmitir una forma de pensar, de ver el mundo y de comportarse. En otras palabras, una forma de conservar y transmitir a las siguientes generaciones la identidad y las creencias de una comunidad.

Por otra parte, para que esta conservación oral de la memoria se produjera, era imprescindible el encuentro con los otros: cuando el saber es oral, no se piensa ni se recuerda en soledad. Es necesario este momento de comunicación cara a cara que adopta la forma de una costumbre o ritual. La oralidad sucede en el tiempo, precisa de un transcurrir compartido por las palabras. Y esto es así no solo en las comunidades de los pueblos originarios. Veamos, por ejemplo, cómo hacia 1960, Berta Vidal de Battini, una investigadora que recorrió toda la Argentina registrando las distintas versiones de los cuentos y leyendas populares, describe la forma en que se producían estos encuentros en algunos pueblos que visitaba:

En los pueblos, y en los campos de las regiones más conservadoras del país, el cuento popular sigue desempeñando su antigua función social en la vida de la familia y de la comunidad. Se narran cuentos en la rueda familiar, a la que suelen agregarse algunos vecinos o amigos, generalmente en momentos o días de descanso, mientras circula el mate u otra bebida. Al aire libre en el buen tiempo, alrededor del fogón en el invierno o en el tiempo crudo, al atardecer o a la siesta, pero con mayor frecuencia a la noche. Hay lugares en los que se dice que es de mal signo contar cuentos de día.¹

¹ Vidal de Battini, Berta Elena, "Introducción", en *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005, Tomo 1. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmct72r9>

Una multiplicidad de voces

(...) *Las historias le dan el habla a lo que no tiene voz.*

En la actualidad, gracias al trabajo de recopiladores y de escritores que recrean los mitos, leyendas y cuentos populares en versiones escritas, estos relatos pueden ser conservados y transmitidos a través de libros y otros soportes escritos. Para dejar señales de esta oralidad de origen, muchas veces se incluye algún tipo de marca. Por ejemplo, es común que los textos se encabezen con fórmulas como “Dicen que...”, “Cuentan que...”.

En el caso de los relatos que conforman este libro, la remisión a la oralidad y al carácter anónimo y colectivo de lo que se cuenta se realiza mediante la inclusión de un marco narrativo en el que se hace una puesta en escena del momento del ritual de la narración: la noche, el fogón, el mate, un narrador que recurre a la memoria para contar una serie de historias que otros le han contado, un auditorio con el que el lector puede identificarse, como si leer fuera formar parte de ese círculo junto al fuego, auditorio que en algunos momentos se hace presente, no de forma directa, pero sí a través de las respuestas que da el narrador:

Ya va, ya va. Ahora empiezo a contar. Es que son tantas y todas levantan la mano para hacerse escuchar. Déjenme ver. Esta fogata invita a una historia antigua, a una historia del comienzo. ¿Conocen Tierra del Fuego? Ustedes me piden un mapa..., yo no tengo mapas.

Por un lado, se trata de un narrador que concentra en sí mismo otras voces. En muchos casos, incorpora las de quienes le han contado a él cierto relato popular: así aparecen las voces del hijo de un misionero inglés, de la moza de un bar, de los dueños de un camping, de investigadores más o menos profesionales, de alguna compañera de la primaria, de viejos amigos o novias de

la secundaria y, a través de todos ellos, otras voces más lejanas. En ese encadenamiento de transmisiones, se llegan a oír también algunas voces silenciadas. Voces de pueblos exterminados, de cantoras acalladas, de hombres enmudecidos, voces de una época fuera del tiempo en que toda comunicación era posible y los astros y los animales hablaban con los hombres, voces de quienes ya no tienen voz porque han muerto o guardan secretos.

Por otro lado, el narrador no es neutral. Además de todas estas voces que transmite, está la suya propia. Como cada narrador que en algún momento contó esta misma historia y como cada pueblo que las transmitió, algo de su propia identidad se pone en juego en cada nueva renarración. No es extraño, entonces, que de una misma leyenda o cuento surjan diferentes versiones.

Variedades

Es que son tantas y todas levantan la mano para hacerse escuchar.

El narrador traza, con sus relatos, un recorrido que comienza con las historias más antiguas, aquellas que daban cuenta de cómo el mundo iba tomando su forma actual, para terminar hablando de episodios cada vez más cercanos que lo llevarán, incluso, hasta su propio barrio y su propia cotidianeidad. Sus relatos se agrupan en cuatro secciones y si bien en literatura las clasificaciones no son definitivas, revisar algunos criterios contribuye a pensar cada historia en relación con las otras, sus elementos en común, sus diferencias, lo que las hace particulares y lo que las conecta con otras, expandiendo así sus sentidos:

Leyendas originarias. El término *mito* y el término *leyenda* son utilizados, muchas veces, de forma indistinta, al igual que

sus adjetivos *mítico* y *legendario*. En un sentido amplio y de uso cotidiano, ambos remiten a algún hecho o personaje fuera de lo común cuya historia o fama es conocida y transmitida por una comunidad que, con bastante probabilidad, haya exagerado o incluso deformado los hechos iniciales.

Sin embargo, desde perspectivas más teóricas, se señalan algunas precisiones sobre qué es un mito y qué una leyenda, así como sobre sus diferencias que, de todos modos, no siempre son excluyentes y muchas veces dependerán de la perspectiva desde la que se mire cada historia. Se suele considerar que el mito es un relato sagrado sobre los orígenes del mundo y de los hombres, en el que hay protagonismo de las divinidades. Por lo tanto, es parte de las creencias religiosas de un pueblo. Los hechos transcurren en un lugar impreciso e intemporal, anterior a todo. La leyenda, en cambio, tiene como principal protagonista al hombre, la participación de los dioses disminuye y sucede en un espacio geográfico que la comunidad reconoce como propio.

En el caso de los relatos selk'nam, wichi y guayaquí que conforman la primera sección, encontramos claras referencias a la flora, la fauna y el clima de las regiones habitadas por estos pueblos originarios, lo que los acerca a la categoría de leyenda. Quizás de los tres, el que más entremezcla algunos elementos míticos sea el primero, “Los cambios de la luna”: la presencia entre los hombres de Luna y Sol —elementos de la naturaleza deificados—, sus peleas y las consecuencias que estas tienen para los hombres bien recuerdan las disputas de los dioses de otras mitologías consagradas, como las peleas del dios griego Zeus y su esposa Hera, o la competencia entre tres bellas diosas de esa misma mitología que terminó desencadenando entre los hombres la guerra de Troya. Por su parte, también “El último fuego” nos recuerda a un mito griego, el de Prometeo: en ambos, el dios máximo quita a los hombres el fuego, con la clara diferencia de

que mientras que Prometeo, quien intenta devolver el fuego a las personas, es un titán, es decir, una divinidad, en la leyenda wichi son los animales autóctonos quienes emprenden esta tarea y se disputan el poder del preciado elemento. Por último, en la leyenda de “La flor del ceibo”, no solo no hay presencia de dioses, sino que además aparece el tiempo histórico: la llegada de los conquistadores españoles. En otras versiones de esta misma leyenda, la invasión proviene de otra tribu vecina. Es posible que la misma leyenda se haya adaptado a una nueva realidad, lo que da cuenta de cómo las narraciones varían y cómo van adoptando distintas perspectivas, tomando distintos matices, dando cuenta no solo de un pasado, sino también del presente de quien la renarra y la ve a la luz de su situación.

Otra característica propia de las leyendas es que suelen brindar una explicación sobre el origen de algunos seres, fenómenos de la naturaleza o alguna costumbre. Por ejemplo, explicaban cómo un pájaro surgía de la transformación de un enamorado que gustaba cantar o cómo el ombú había aparecido allí donde la esposa de la tribu había protegido con su cuerpo los últimos maizales. ¿Crearían los hombres de los pueblos originarios de forma literal en estas metamorfosis? Tal vez sí, tal vez no. Pero, de todos modos, quizá lo que estas historias explicaban (y quizá también muchas de las que se encuentran en las siguientes secciones) no se limita a saber cómo nació una flor o cómo se hicieron los primeros ritos de iniciación; en esas historias lo que los hombres explicaban y transmitían era su forma de pensar el vínculo con la naturaleza, su manera de concebir el amor, su forma de pensar las relaciones entre hombres y mujeres, su mirada sobre la comunidad y sobre las conductas, así como el valor de sus costumbres, sus luchas y su tristeza frente a la destrucción de los invasores. La palabra daba la posibilidad de concebir y de crear la realidad:

*El mundo fijo que circundaba al hombre de la tribu, constelado de signos de frágil correspondencia entre palabras y cosas, se animaba con la voz del narrador, se ordenaba en el flujo de un discurso-relato, en cuyo interior cada palabra adquiría nuevos valores y los transmitía a las ideas y a las imágenes designadas por esta; todo animal, todo objeto, toda relación, adquiría poderes benéficos y maléficos, que luego se llamarán poderes mágicos, pero que podrían llamarse poderes narrativos, potencialidades que la palabra retiene, facultades de conexión con otras palabras en el terreno del razonamiento.*²

Relatos folklóricos. La producción de relatos orales no es solo parte de la cultura de la antigüedad o de los pueblos originarios. Todas las culturas han desarrollado, dentro de sus tradiciones, un folclore literario. Se trata de un conjunto de manifestaciones culturales (relatos, así como también proverbios, adivinanzas, rondas, cantos, entre otras) que, como ya hemos dicho, son anónimos, colectivos y orales, son propios de una localidad geográfica y son espontáneos, ya que no se han difundido a partir de ser institucionalizados por la escuela, las publicaciones o las academias. En el siglo XIX, a partir del interés que el romanticismo despertó por la cultura popular, se comenzó a recopilar y a estudiar este conjunto de producciones. En Alemania, por ejemplo, los hermanos Grimm se dedicaron a escuchar a los pobladores y a poner por escrito esos relatos, dando origen a las primeras versiones escritas de cuentos como “Cenicienta”, “Caperucita Roja” o “El gato con botas”, entre muchos otros cuentos muy difundidos.

² Calvino, Italo, *Punto y Aparte*, Barcelona, Tusquets, 1995, pp. 187-188.

Al estudiar estos relatos, se observó que compartían un conjunto de características y funciones que se reiteraban en nuevas combinaciones, una dinámica que el escritor italiano Italo Calvino, quien también realizó trabajos de recopilación de relatos tradicionales de su país, explica de este modo:

(...) se modela sobre estructuras fijas, sobre elementos que podríamos casi llamar prefabricados, pero que permiten un número enorme de combinaciones. Vladimir Propp, estudiando los cuentos rusos, llegó a la conclusión de que todos los cuentos eran como variaciones de un cuento único y podían descomponerse en un número finito de funciones narrativas (...) pero lo que se construye a partir de estos procedimientos elementales puede presentar combinaciones, variaciones y transformaciones ilimitadas³.

En la Argentina encontramos numerosas narraciones folclóricas, muchas de las cuales han fusionado elementos autóctonos con incorporaciones de lo europeo. Una misma historia varía de región en región, ya que su conservación es dinámica, combina tradición con innovación, tal como lo documentó el estudio de Berta Vidal de Battini, cuya investigación ya hemos nombrado, dado que con ella contribuyó a la documentación y a la valoración de este acervo cultural. Se las conoce como cuentos o como sucedidos. En el Noroeste también se utiliza el término *casos* para referirse a ellas.

Dentro de este conjunto de relatos, ocupan un lugar especial los cuentos de animales, en los que estos, por lo general aquellos autóctonos de la región como es el caso del quirquincho, aparecen personificados, con actitudes y características propias de los humanos, en particular, la posibilidad del habla, el elemento

³ *Ibíd.*, pág. 188.

que desencadena la mayoría de los conflictos. Este recurso (que, vale recordar, también encontramos en una de las leyendas de la primera sección), acerca estos relatos a las fábulas, pero a diferencia de estas su función didáctica no aparece en primer plano. Esto no significa que no inviten a la reflexión sobre las conductas humanas y que no haya una intención aleccionadora: los premios y castigos, la solidaridad y el engaño, la inteligencia como contrapartida de la fuerza, la fidelidad y la traición son motivos frecuentes. Sin embargo, el cierre no es la enunciación de la moraleja, sino el remate humorístico.

Esta narrativa animalística suele presentarse con pocos personajes, muy paradigmáticos, pues cada uno representa ciertas características ya conocidas por el auditorio. El zorro es el más conocido y se lo puede hallar en relatos de distintas latitudes del país. Es el personaje astuto, que resuelve situaciones a partir de su inteligencia y, por supuesto, a partir de su capacidad para manejar el discurso. El zorro es un burlador, pero con la particularidad de que, en algunas ocasiones, sobre todo cuando esta astucia se vuelve abusiva, puede suceder que las circunstancias se inviertan y el burlado termine siendo él.

Relatos sobre seres míticos. Otros personajes que forman parte del imaginario popular son seres con características sobrenaturales, incluso monstruosas. Para muchos habitantes de algunas regiones del país, en particular las provincias del Noroeste o del Litoral, estos seres no son meras construcciones ficcionales, sino que forman parte de sus creencias más arraigadas y están muy ligados a la relación entre las personas y su entorno. Al Uturunco, el Pombero y la Umita, que son los seres míticos que encontramos en la tercera parte de este libro, podemos agregar, entre muchos otros, la Chancha con cadenas, que hace un ruido aterrador por las noches cerca de las estaciones de tren; o el

Calimayo, un caballo cuya aparición es señal de que se aproxima una muerte; o la Mula Ánima, una mujer que por sus pecados (adulterio en algunas versiones, incesto en otras) ha sido transformada en mula.

Varios de estos mitos tienen alguna base en las religiones nativas y culturas indígenas, lo que no impide que convivan en los pobladores con el culto a religiones como el catolicismo, incluso cuando estas religiones oficiales las consideren como supersticiones, extrañas e incluso pecaminosas. A estas criaturas se las venera y se las teme, se les hace ofrendas para conseguir su favor y se toman precauciones para evitar sus males, ya que muchas de ellas tienen la característica de ser tanto benévolas si alguien logra agradarles como malignas si se las ofende o se las hace enojar. Suelen tener características monstruosas, ser producto de una metamorfosis entre lo animal y lo humano, de una deformidad llevada al extremo o ser almas en pena que no están ni del todo vivas ni del todo muertas. Quizás estos seres sean la expresión de los más remotos miedos: a lo diferente, a lo extraño, al sufrimiento, a la pérdida, al abuso, a la muerte, a la soledad.

Estas creencias cumplen un rol social, ya que tienen una función normativa. Se recurre a ellas para dar cuenta de lo que está bien y lo que está mal, para advertir sobre peligros, para ejemplificar de forma extrema las posibles consecuencias de algunos actos, para ejercer prohibiciones, para indicar cómo comportarse: no salir de noche por ciertos caminos, cuidar a los hijos para no tener luego que llorarlos, proteger a las mujeres, mantener una conducta acorde a la moral de la comunidad. Es el caso del Pombero, ser de origen guaraní al que se recurre para asustar a los niños y que no salgan en las horas de las calurosas siestas, para advertir a las mujeres jóvenes que no anden solas por la selva y para recordar a los cazadores la necesidad de ser mesurados y no cazar de más. La apelación a estos seres sirve también para explicar sucesos:

personas u objetos perdidos, luces en la noche, ruidos extraños. A algunos de ellos se acude también por socorro y se les ruega protección. Quizá porque, al tener algo de humano o de animal, se los percibe como cercanos y capaces de hacer frente a la inmensidad de la naturaleza conocida y, a la vez y sobre todo, al tener un componente extraordinario, se espera que puedan hacer frente a lo inabarcable e ingobernable de lo desconocido.

Leyendas urbanas. Para algunos, la modernidad destruye la tradición. Las leyendas ya no tendrían lugar en un mundo que sobrepone la mirada científica por sobre los rumores infundados, la tecnología por sobre lo artesanal y los medios masivos de comunicación por sobre el boca en boca. Sin embargo, otros sostienen que la tradición no se pierde, sino que se reelabora, que las culturas urbanas recrean lo legendario en función de su propia realidad presente y que —más allá de los aportes de la ciencia— los deseos, valores y miedos de los hombres siguen manifestándose a través de personajes y relatos compartidos. De allí entonces que lo que se ha dado en llamar leyendas urbanas (o leyendas metropolitanas, leyendas modernas o leyendas contemporáneas), no sean sino historias que reproducen temáticas ancestrales, como el tránsito entre el mundo de los vivos y el de los muertos, la culpa frente a los males cometidos, el peso de la impunidad frente a lo que no ha recibido justicia, la necesidad de verdad frente al ocultamiento, el silencio o el miedo. Temáticas de todos los tiempos, pero adaptadas a la actualidad.

Se trata de historias, muchas veces presentadas como rumores, que están entre lo ingenioso y lo terrorífico y que guardan muchas similitudes con la leyenda clásica: se las cuenta como ciertas o probables, aun cuando el sentido común o la evidencia demuestren lo contrario; se desconoce a su “autor” y no se sabe cómo se originaron, pero para conservar su carácter verídico se

I. El fuego

(LEYENDAS ORIGINARIAS)

Índice

Puertas de acceso	3
Las voces del tiempo	5
Origen y transmisión	6
Una multiplicidad de voces	8
Variedades.....	9
Nuevos relatos: más allá de la tradición	18
La obra	21
I. El fuego (leyendas originarias).....	21
Los cambios de la luna	26
El último fuego	31
La flor de ceibo.....	36
II. El habla (relatos folklóricos).....	41
El zorro y el tigre.....	45
El juramento del zorro.....	50
Un paseo en cesta.....	56
III. Las huellas (relatos sobre seres míticos).....	59
El Uturunco.....	63
El Pombero.....	69
La Umita.....	76
IV. Los muertos (leyendas urbanas).....	85
La ciudad sin campanas.....	90
La dama de blanco.....	97
El castillo de los bichos.....	107
Bibliografía	117

Acérquense.

Arrímense a la fogata un poco más. Está linda, está fuerte.

Solo hay que mantener cierta distancia para evitar la quemazón. Y sentarse en ese círculo invisible que mantiene el frío de la noche por fuera y a todos nuestros sentidos por dentro, en el abrigo de su resplandor.

Acérquense, no sean tímidos.

Apenas puedo verlos con claridad; el fuego baila amarillo y rojo, y hace de cada rostro una máscara que cambia. Lo que importa es que mis palabras les lleguen sin grandes transformaciones. ¿Por qué? Una buena fogata siempre invita a las historias, y ya las siento bailar en mi lengua. Son historias que he ido escuchando de otros, que han sido contadas una y otra vez. Es por eso que hay que estar atentos a cada palabra, para que vuelvan a utilizarse como pedernales¹ en otra noche oscura como esta. No deberían cambiar demasiado, ¿o sí? ¿Dicen que capaz ya lo han hecho? Capaz. Son historias que han viajado desde tiempos remotos o que han sido dichas en idiomas que

¹ Pedernales: piedras de cuarzo que se utilizan para encender el fuego.

se han extinguido o están por hacerlo. Algunas historias vienen de lugares salvajes de nuestra tierra, y otras de rincones tan grises como los que se ocultan tras una verja herrumbrada. Pero todas son historias que tienen un alma imperecedera². ¿Imperecedera? Un alma que no se apaga.

Ya va, ya va. Ahora empiezo a contar. Es que son tantas y todas levantan la mano para hacerse escuchar. Déjenme ver. Esta fogata invita a una historia antigua, a una historia del comienzo. ¿Conocen Tierra del Fuego? Ustedes me piden un mapa..., yo no tengo mapas. Solo la memoria, las imágenes rugosas que se despliegan en la mente. Puedo ver esa isla triangular, sus costas tan próximas al Polo Sur. Fue en un tiempo en el que las canoas de los yamanas³ trasladaban sus fogatas portátiles durante la pesca, mientras en los bosques ventosos, los selk'nam⁴ hacían su vida nómada y dormían en chozas con los perros en el centro. Esta historia la escuchó el hijo de un misionero anglicano⁵ a fines del siglo XIX, en un idioma que hoy no existe, la lengua de los selk'nam. Y cuando la aprendió, la tradujo a su propia lengua inglesa para que otros después la cambiaran a la nuestra, hasta llegar aquí.

² Imperecedero: que no perece, que no muere.

³ Yamanas: pueblo originario que habitaba en la zona del canal de Beagle, en la isla de Tierra del Fuego. Vivían de la pesca, la caza y la recolección. Pasaban la mayor parte del tiempo en sus canoas, en las que llevaban sus fogatas para combatir el frío. Al llegar los conquistadores y ver las luces de los fuegos sobre el agua, comenzaron a llamar a la región con el nombre de Tierra del Fuego.

⁴ Selk'nam u onas: pueblo originario que habitaba en el centro y norte de la isla de Tierra del Fuego. Eran nómades y vivían de la caza y la recolección. En sus ritos de iniciación, empleaban máscaras y se pintaban todo el cuerpo de forma llamativa.

⁵ El hijo de un misionero anglicano: se refiere a E. Lucas Bridges (1874-1948), segundo hijo de Thomas Bridges, fundador de la primera Misión Anglicana junto al canal de Beagle. Lucas fue la tercera persona blanca nacida en Tierra del Fuego. En su libro *El último confín de la tierra* plasmó su experiencia de vida y sus conocimientos sobre las costumbres y la lengua de las tribus fueguinas.

*Aprovechemos que todavía no ha salido la luna para contarla.
¿Por qué? Porque la luna es enemiga del fuego y porque está siempre
hambrienta.*

Cuidado.

Acérquense más.

Los cambios de la luna (leyenda selk'nam)

Para los selk'nam, los cambios de Luna, con su luz fría y distante, eran aterradores. Cuando aparecía hecha una uña delgada, luego de días en que solo las estrellas habían dominado el cielo, temblaban al saber que había regresado hambrienta. A lo largo de las noches sucesivas, Luna crecería hinchándose con la sangre de sus víctimas humanas. Porque igual que una cazadora aérea, caía sobre los pobres incautos⁶ que encontrara en su camino: cazadores demasiado codiciosos, tal vez algún muchacho que había desandado mal un sendero en el bosque, con la leña aún seca entre los brazos. Por quienes más temían era por los niños, siempre inquietos, queriendo perseguir zorros y liebres más allá de las fogatas. Solo estarían seguros cuando Luna se mostrara llena, con su cara marcada de negras estrías⁷, porque entonces ya estaría satisfecha. Cada plenilunio, la tribu estallaba en una ceremonia festiva bajo una luz de nieve. Un ciclo más se había cerrado y, por aquella vez, sus niños se habían salvado de la cazadora.

Sin embargo, había habido un tiempo en que Luna no había sido así: no cambiaba, ni se mantenía lejana de lo humano. Su rostro era blanco y perfecto como la primera nevada. De tanto en tanto, le gustaba bajar acompañada de Sol y pasear por la tierra, mezclándose entre los selk'nam, visitando sus poblados errantes⁸, escuchando sus historias y sus cantos. Las mujeres gobernaban la tribu, Luna asistía complacida a sus ceremonias de iniciación: las Yincihaua.

⁶ Incauto: que no tiene cuidado.

⁷ Estrías: líneas que aparecen en la piel debido a un desgarro.

⁸ Errantes: que van de un lugar a otro, sin tener un lugar fijo.

Cada primavera, las jóvenes selk'nam que irían a entrar en la adultez, se juntaban en una choza especialmente construida para realizar la ceremonia del Yincihaua, lejos en un claro protegido del bosque. Allí serían iniciadas en el secreto del mundo, gracias al contacto con los espíritus que dominan los elementos, los árboles y los animales.

A los hombres solo les permitían percibir esa magia a la distancia. Y obedecían temerosos ante las fuerzas que solo las mujeres parecían controlar. Alaridos y palabras sin sentido surgían de la choza y se mezclaban con el viento y con los ekelé, ekelé, ekelé de los zorros, los guanacos y los pájaros. De pronto, en el medio de la noche, espantosos espíritus salían de la choza o de sus inmediaciones, formas que los hombres apenas podían entrever entre los matorrales, en parte por el miedo y en parte por la escasa iluminación de Luna y las débiles fogatas. Una mujer ballena de cabeza cónica que ululaba en la espesura; luego, criaturas de rayas blancas y manchas rojas que parecían provenir del mundo de las aguas. Otras estiraban cuellos ondulantes, desplegando acaso alas o aletas, saltando, silbando y brillando en múltiples reflejos confusos. De algunos espíritus, sabían los nombres, y podían predecir qué poderes transmitirían a sus mujeres. Otros espíritus eran nuevos, recién engendrados por la magia del Yincihaua. Los hombres se paralizaban al sentirse desprotegidos y quedaban boquiabiertos y agazapados.

—Mira, parecen niños —dijo Sol entre las sombras. Como su tono de voz no fue de ternura sino de reproche, Luna contestó:

—Hoy los espíritus brillan con gran belleza. Es fácil caer en sus hechizos.

Estaban sentados uno junto al otro, a espaldas de los hombres, casi inadvertidos, como dos árboles antiguos junto a un sendero muy transitado.

—¿Qué espíritus? Apenas pueden verse manchas y escuchar ruidos confusos desde aquí. ¿Dónde está la belleza en algo que aparece y desaparece, sin claridad, solo caos? Deja que me acerque y verán —propuso Sol.

—No, esa belleza solo es posible con mi luz, en el refugio de la oscuridad. Tú lo arruinarás. Mi luz les da la magia, los hace surgir.

—Te crees demasiado poderosa —le dijo Sol irritado—. Pero tu belleza no es magia. Solo es el reflejo frío de mi propia luz.

—Te crees demasiado poderoso, pero todo lo que tocas se vuelve ceniza y decepción.

El Yincihaua había llegado a su punto más alto. Todos los espíritus salían de la choza con grandes alaridos y movimientos fantasmagóricos, y los hombres no supieron si cubrirse los oídos o los ojos. Los niños temblaban en sus sueños.

Sin embargo, el ritual sería silenciado muy pronto. Luna y Sol estaban de pie y sus voces relampagueaban de uno al otro. Sus presencias se solidificaron en la noche.

—¡Tu luz solo trae la sed insaciable y los incendios destructivos! —resplandecía Luna, blanca de furia.

—¡Tu luz solo trae el frío de la muerte y las fieras hambrientas! —estallaba Sol, naranja de furor.

—¡Mi luz da protección al misterio y permite el descanso y el sueño!

—Tu luz no es misterio, es mentira —contestó Sol—. Mi luz muestra la verdad. ¡Hombres, vengan conmigo! ¡Tomen las antorchas y veamos esos espíritus de cerca!

—¡Detrás de mí, mujeres! —gritó Luna—. ¡Protegeré la noche!

Sol y Luna combatieron palmo a palmo. Y si bien Luna fue ardiente en su defensa, el Sol se impuso cuando, al acercarse demasiado, terminó quemando el rostro de Luna que huyó al cielo,

herida y furiosa. Sol, tras un instante de desazón⁹, fue detrás de ella. Nunca más volverían a pisar la tierra. Jamás Sol alcanzaría a Luna. Jamás volverían a sentarse uno junto al otro, complacidos de observar el juego humano.

Las mujeres se refugiaron en la choza. Los hombres se acercaron recelosos al claro y descubrieron las máscaras abandonadas entre la maleza. Estaban hechas con troncos tallados y cortezas. Descubrieron los pigmentos rojos, blancos y negros, y con ellos se hicieron marcas en sus rostros y en su piel, anonadados¹⁰. ¡No había magia! ¡No eran espíritus! ¡No había poderes que transmitir a las mujeres!

Tal vez uno de ellos quiso quemar el rostro leñoso de uno de esos espíritus que tanto terror le habían causado de lejos. Tal vez no, tal vez fue otro el que, con rencor, arrojó su antorcha cerca de la choza para demostrar que no había lugares sagrados ni prohibidos.

El fuego saltó de antorcha a máscara, de máscara a arbustos, de arbustos a ramaje, de ramaje a construcción. La choza ardió en esa noche negra, y todas las mujeres que sabían el secreto del Yincihaua, perecieron en su interior.

A partir de entonces, los hombres comenzaron a celebrar su misteriosa ceremonia del Hain. Cada primavera, los jóvenes *selk'nam* que entrarían a la adultez, acudían a una choza protegida, especialmente hecha para que los espíritus les transmitieran el secreto del mundo. Las mujeres solo tenían permitido ver sus apariciones a lo lejos: esos bellos y terribles espíritus que en la noche se agitaban, gritaban su lenguaje incomprensible. Luego volvían los niños hechos hombre, mudos de espanto; quién sabe qué fuerzas habían experimentado, pobrecitos.

⁹ Desazón: disgusto, tristeza.

¹⁰ Anonadado: desconcertado.

La tribu era gobernada ahora por los hombres. Luna con su rostro quemado, era una criatura sedienta y feroz. ¿O acaso cambiaba su forma solo para dar temor? ¿Era solo un recuerdo de otros tiempos, un ritual mágico para mantener al Sol a distancia en su eterna persecución a través del cielo?

Faltó decir que al otro día del incendio, entre los carbones y los pastos chamuscados, unos niños se encontraron con criaturas que nunca habían visto antes. No conocían sus nombres. ¡Pero eran tan bellas! Sus formas les recordaban a los espíritus de manchas brillantes y líneas vistosas que habían desaparecido con las mujeres del Yincihaua. Ahora sabemos sus nombres: cisnes de cuello negro, cauquenes¹¹, albatros¹², nutrias plateadas y otras hermosas apariciones australes.

¹¹ Cauquén: ave que habita en la Patagonia.

¹² Albatros: ave que vive en zonas marítimas. Es de gran tamaño y plumas blancas.